

## ALFONSO REYES, EL HUMANISTA

---

Muchos son los ángulos desde los que puede ser enfocada una personalidad como la de Alfonso Reyes, escritor de una eterna y juvenil frescura y de una curiosidad intelectual insaciable. Y como ocurre con los grandes espíritus —y el suyo es uno de los señeros en la América contemporánea—, lo múltiple de sus intereses nunca estuvo en oposición y menos contradijo la esencial unidad, la armonía que rigió en su obra. Con Goethe, a quien admiró tanto, puede compararse sin duda alguna en este sentido.

Por el hecho de esta fundamental coherencia, de ser tan evidente el núcleo rector donde convergen tantos afanes al parecer dispersos, cualquiera que sea el camino que tomemos para considerar la obra de Alfonso Reyes iremos a parar en el humanista. Lo fue de cuerpo entero, de integridad absoluta.

Surgió a la vida literaria americana en el momento más propicio para él. En esto también la buena estrella que desde un comienzo acompañó a Goethe, vuelve a hacerlos semejantes. Cuando Alfonso Reyes da sus primeros frutos como poeta, el Modernismo entra en su ocaso, al menos para los escritores de mayor inquietud. La fantasmagoría rubeniana se templaba con las nuevas corrientes de la poesía simbolista, al mismo tiempo que, terminado el proceso, fecundísimo, de regeneración de nuestra lírica por el influjo de la francesa, otros rumbos de mayor autenticidad se abrían para la nueva generación poética en España y América. No tardaría Alfonso Reyes, como Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, en descubrir la originalidad vivísima, la vena profunda y henchida de posibilidades para un arte nuevo —con comillas y sin ellas—, de Gil Vicente, de Lope de Vega o de Góngora. Filólogo, ejemplar estudioso de la literatura española,

el escritor mexicano se benefició doblemente y benefició a sus discípulos y a sus lectores de la experiencia plena ganada en ese contacto con la cantera de nuestros clásicos. A comienzos del siglo, peor que olvidados: mal entendidos. Digo que se benefició doblemente y en una experiencia plena, porque Alfonso Reyes nunca se acercó a los clásicos en erudito a secas, sino como erudito y creador a la vez. Tan obra de erudición y, al mismo tiempo, de creación poética son sus libros de ensayos sobre el Arcipreste, Quevedo, Ruiz de Alarcón o Góngora, como la más lírica de sus poesías.

No fue uno de los menores frutos de la generación hispanoamericana a que perteneció Alfonso Reyes, y en la que es la figura más descollante de México, revalorar junto a lo esencial de nuestra literatura lo esencial americano. El descubrimiento de América en su realidad y en su infinita riqueza fue parejo al otro descubrimiento. Quizá era forzosa consecuencia pasar del uno al otro. Pero el hombre de pensamiento en perpetua acción y el creador poético, en verso o prosa, no se detuvieron ahí tan solo, por mucho, muchísimo que esto fuese.

De la perfecta asimilación del fenómeno literario, cultura al vivo, español y americano, del conocimiento entrañable de su México y nuestra América, se remontó Alfonso Reyes a las cimas más altas del espíritu. Siempre sin cerrar los ojos a la realidad circundante, que es la única forma de alcanzar, dominándolas, tales alturas. Sin perderse en las nubes. Lo humano en toda su dimensión, lo infinito humano alentó en sus páginas. Tanto al ocuparse de la literatura moderna europea o americana, como de los maestros del Clasicismo griego.

No se diga con exceso de frivolidad que el ejercicio de los cargos diplomáticos que desempeñó por largos años en España y Francia, que su inquietud de viajero por el mundo determinaron la universalidad, en estilo y espíritu, de Alfonso Reyes. Su universalidad y su humanismo tienen raíces más profundas, penetran hasta lo hondo de su hondo ser y lo agregado por los viajes, el estímulo que recibiera de personalidades ajenas al medio que le vio nacer, como el de sus lecturas, de nada hubieran valido sin aquello otro.

Desde un comienzo, cuando aún no está formado, cuando escribe sus primeras poesías o sus primeros ensayos, Alfonso Reyes estaba ya lanzado, vehemente tenso, hacia esas vastas perspectivas que serán

el marco de su vida entera y de su entera obra. No hay una línea suya en que no aliente esa serena fe en la inteligencia, ese calor humano, esa sofrenada pasión, tantas veces resuelta en ironía, sustancias de su estilo. Sí; Alfonso Reyes, desde sus tempranas producciones de la época en que con otros muchachos funda el Ateneo de la Juventud en México o escribe en la Revista Moderna, estaba ya de vuelta de muchos espejismos, sabía el terreno que pisaba y lo hizo con firmeza. ¿Cómo explicarse en otra forma el magnífico camino que recorrió en su obra y que es hoy, como lo será mañana, un claro ejemplo para todos los que piensan y sienten en castellano?